

LE DISCOURS PHILOSOPHIQUE. MICHEL FOUCAULT. PARÍS: GALLIMARD, 2023.

Si en *Les mots et les choses* (1966) Foucault emprendió una arqueología de las ciencias humanas, unos meses después, antes de partir a Túnez, emprendió una arqueología de la filosofía en tanto discurso. Ese es el esfuerzo que atraviesa *Le discours philosophique*. A pesar de contar con algunas digresiones, el manuscrito se conforma de tres partes. En la primera de ellas Foucault se dispone a evaluar la singularidad del discurso filosófico frente al discurso científico, literario y cotidiano, tomando como criterio diferenciador lo que denominó el “ahora” de cada discurso; en la segunda, ese ahora es indagado por una arqueología que comienza en la época clásica, sobre todo a través de Descartes y su célebre punto de partida: “Yo pienso”, seguida de dos mutaciones: una que irrumpe con el proyecto crítico de Kant y la otra por la locura intempestiva de Nietzsche; finalmente, en la última sección, Foucault evalúa una mutación en la que el discurso filosófico estaría operando y que, en respuesta a ella, postula y define una noción central de su período arqueológico: el *archivo-discurso*.

Del capítulo primero al quinto Foucault sostiene que todo discurso posee un ahora constituido por la triada *presente-aquí-yo*. Es a través de ella que cualquier discurso halla su actualidad y sus significados obvios, donde “todos los tiempos del pasado y del futuro, todas las distancias del espacio, todos los demás sujetos, presentes o ausentes, se distribuyen por diferencias sucesivas” (pp. 22-23). Cada tipo de discurso posee, sin embargo, un ahora diferente. En el discurso científico, el ahora no está abierto a un afuera extralingüístico —como sí sucede en la filosofía—, sino que se reabsorbe en el discurso mismo: el presente se explicita en una fecha,

el aquí en una cuadrícula geográfica, y el yo es neutralizado y objetivado por el protocolo de las condiciones de experiencia. En el caso de la literatura (o ficción, como prefere llamarla Foucault), su ahora es una disposición silenciosa de las personas y cosas a través de su narrativa, a través de mil indicaciones que se cruzan autorreferencialmente. El discurso cotidiano, por su parte, es antitético al literario, para Foucault, si este último exhorta su ahora para dar sentido a la narrativa, el discurso cotidiano elimina sus puntos de referencia: siempre se está refiriendo a un instante de tiempo, a un punto en el espacio y a un individuo hablante que permanecen escondidos al discurso.

La singularidad del discurso filosófico está, para Foucault, en que insiste en *permanecer* en su ahora. Se trata de la certeza del “Yo pienso” cartesiano, la trascendentalidad del sujeto kantiano y la experiencia interior de Bataille (ejemplo paradigmático de la mutación nietzscheana en el discurso filosófico). En otras palabras, a partir de esta constitución del ahora en el discurso filosófico es que se vuelve inminente la aparición de un sujeto que debe relatar “simplemente lo que hay”.

Este ahora del discurso filosófico, sin embargo, tiene coordenadas claras de aparición, estas son analizadas del capítulo sexto al duodécimo. Para Foucault, todos los sistemas, experiencias y pensamientos filosóficos del siglo XVII hasta el XX penden de una configuración que supone una forma de “poner el discurso en relación con el sujeto hablante” (p. 72). Si la escolástica había constituido tres doctrinas como objetos de su *metaphysica specialis*: el alma, Dios y el mundo, la “modernidad” no renegará de ellos, sino que los torna “funciones de discurso” que garantizan, la verdad de su experiencia (cf. p. 104). El sujeto habla y descubre, *en su*

discurso, la existencia de su alma, cuyo análisis (idea de infinito y error) revela que Dios existe; y es esta existencia la que garantiza el orden del mundo (p. 134). El sujeto cartesiano aparece, entonces, unido a un ahora constituido de relaciones inmediatas e indefinidas (p. 87) que le aseguran la verdad a través del discurso del que se sirve.

Esta modalidad sufre una mutación con la irrupción del período crítico kantiano. Según la recapitulación de Foucault, Kant cancela la posibilidad de una metafísica al estar el alma, Dios y el mundo más allá de todo entendimiento humano. Según Foucault, la teoría general del objeto y la finitud indican una mutación del discurso filosófico hacia una antropología. Ya en la exposición de su tesis complementaria *Genèse et structure de l'anthropologie de Kant* (1961), Foucault responde ante la pregunta “¿Qué es una antropología?” — planteada por Jean Hyppolite—: “es el análisis empírico de la finitud del hombre” (Eribon, 2020, p. 145). Tomando como punto de partida dicha finitud, el discurso ya no tiene que aportar pruebas de existencia o dividir en la experiencia lo que existe de lo que no, sino hacer la teoría de aquello mismo que al sujeto se le manifiesta y presenta parcialmente como objeto (p. 105). Para Kant, el ser está dado en el fenómeno mismo, de manera que el discurso que enuncia el fenómeno es el discurso del ser, y el sujeto, lejos de referirse a una existencia más profunda, es sólo la primera forma (inicial, inmediata, ingenua) bajo la cual el ser se da como fenómeno (p. 135). En breve: el ahora del discurso filosófico ya no le presenta al sujeto la posibilidad de un análisis del origen absoluto, sino que se restringe al análisis de las condiciones del fenómeno en el cual el sujeto hablante y el discurso se ven implicados. La certeza cartesiana deviene estética trascendental y el examen

exhaustivo de la verdad y el error devine dialéctica trascendental (p. 139).

Como ya anticipamos, la segunda mutación que indica Foucault corresponde al pluralismo nietzscheano y la introducción de la diferencia en el mismo discurso filosófico. Con Nietzsche, el discurso filosófico comienza a “descomponerse” y con ello sus funciones y determinaciones: “todo lo que podría garantizar la unidad de su dominio se disocia” (p. 181). Aquellos viejos objetos que en el siglo XVII fueron sustraídos a la escolástica para devenir funciones discursivas garantes de la verdad universal se disuelven. El alma capaz de brindar certeza o el sujeto trascendental dejan de poder dar un fundamento a la experiencia, pues se fracturan en una “pluralidad de tópicos” o “pluralidad de voces que se cruzan” (esta es la base operacional que encuentra Foucault en el psicoanálisis o en las experiencias religiosas de Bataille; pp. 181-182). Con la muerte de Dios, sus objetos se desvanecen, pero también son sometidos a un incesante retorno en donde no se vuelve al punto original, sino que cada momento comienza de nuevo y no hay fragmento de tiempo que no sea en sí mismo un retorno. El mundo se convierte a la vez en “un nudo siempre enredado de fuerzas que se oponen sin reconciliarse y sin equilibrarse, y un montón de interpretaciones superpuestas que se apoderan unas de otras y a su vez confiscan su sentido” (p. 182). El ahora en este discurso se torna vertiginoso, si en la formulación cartesiana del “Yo pienso” hacia de la triada *presente-aquí-yo* un fundamento para acceder, gracias al discurso, a una verdad absoluta, después de Nietzsche esta se reformula en un “*Ecce homo*”. En lugar de un pronombre personal, presenta una doble designación: “la especie que lo hace hombre y el demostrativo que lo inserta muy precisamente aquí y ahora” (p. 183).

La descomposición del discurso filosófico vuelve posible la pesadilla de Descartes: el filósofo loco. No se trata de la introducción descomedida de lo irracional o irrazonable, sino más bien del derecho a ser irrupción de lo múltiple. El discurso filosófico en este súbito delirio adquiere una apariencia de indecisión y relatividad, pero, es “siempre un conjunto de determinaciones rigurosas” (p. 193): la contradicción es existencia de dos funcionamientos simultáneamente posibles e incompatibles, la ambigüedad es sólo la existencia de un cierto número de puntos de elección, y la confusión es tan sólo una cierta complejidad en las determinaciones (p. 193). El ahora del discurso filosófico deviene, entonces, afirmación de un conjunto de posiciones que se incorporan en el sujeto, en medio de la incesante pluralidad de fuerzas, sentidos y dioses. De ahí que el filósofo deba tornarse cínicamente honesto, debe lanzarse al “he aquí” [*le voici*] que predicaba el mítico *Ecce homo*. Debe mostrar sus determinaciones siempre disputadas: su ahora debe dejar hablar a su carácter, a su complejidad, a su enfermedad, a la irritación de sus nervios (p. 183).

A pesar de que Foucault se inscribe decididamente en el proceder nietzscheano, su discurso requiere de un complemento posterior para alcanzar su particular ahora, una última mutación a nivel de discurso filosófico. Ese es el objeto de sus dos capítulos finales. Para responder a la pregunta “¿Cómo podríamos enunciar el modo de ser del discurso en el que hablamos” (p. 209), Foucault propone el inseparable binomio *archivo-discurso*. Por un lado sostiene que para mediados de los 1960’s es notable la expansión de todos los procesos de registro tanto como la conservación cada vez más minuciosa de lo que se ha dicho o escrito, describe

este movimiento como la conformación de un “archivo integral”. Similar a lo que más tarde será denominado *dispositivo*, el archivo se define como una *red* compuesta por relaciones complejas entre elementos tanto discursivos como no discursivos: instituciones, objetos, materiales, la voz, la cinta de grabación, la biblioteca, en general: el soporte de inscripción; pero, también todo el mundo de las prácticas que incluye las reglas que determinan la conservación, el secreto, la puesta en circulación, entre otros (p. 214).

Esta condición de mayor integralidad o expansión del archivo se corresponde con un efecto en el discurso que no ha dejado de pulular aún hoy: “sólo lo que es discurso puede existir y sólo puede entregarse a la experiencia aquello que es discurso” (p. 248). Esta aseveración está lejos de ser un postulado ontológico, es más bien la descripción de un efecto generado por una constitución determinanda del discurso. Foucault sugiere no sólo cómo en este periodo se constituyen una serie de disciplinas dedicadas al lenguaje —dentro de ellas, todas las que responden a la función “universalmente estructurante del lenguaje” (p. 211)— sino cómo nociones como código, mensaje, señal, transmisión, recepción y memoria permiten describir, de manera adecuada, procesos observados en dominios empíricos tan heterogéneos como los de la fisionomía, la biología o la sociología, o cómo se inventaron técnicas que permitían traducir series de acontecimientos a un lenguaje que garantice su regulación (p. 211).

El ahora del discurso filosófico que Foucault advirtió a sus contemporáneos de los años 1960s se revela, entonces, describiendo “simplemente lo que hay”, pero, por un lado, tras la mutación nietzscheana, esta descripción debe incorporar lo múltiple y el retorno que

este ahora le permite entrever y articular en su discurso; y, por otro lado, conforme a la mutación de la que él se consideró testigo, esta descripción debe “sacar a la luz el espacio de discursividad donde se desarrolla toda experiencia” (p. 246). Sólo así es posible entender la vinculatoriedad que para Foucault significó la arqueología y su aplicación al discurso filosófico.

No cabe duda de que realizar un *comentario* sobre un texto hasta ahora inédito de Foucault nos coloca en el centro de su reflexión acerca de las operaciones que enciende y apaga el discurso filosófico como práctica discursiva. Invocar una obra que el mismo “autor” desautorizó publicar nos lanza a la pregunta misma por la circulación, composición, descomposición y —sobre todo— recomposición de una obra en su totalidad plástica, en suma: nos revela la figura del autor como principio funcional encargado de limitar, excluir y seleccionar los recorridos por los que circula un discurso filosófico (cf. Foucault 1998). ¿Hasta qué punto *Les mots et les choses* o *Folie et déraison* están presentes en *Le discours philosophique*? ¿Hasta qué punto este último prefigura la recapitulación metodológica que se presenta en *L'archéologie du savoir* (1969)?

Dicho esto, sería impreciso afirmar que el presente texto representa una especie de pieza faltante en la obra foucaultiana. Lejos de ello, sería mejor decir que *Le discours philosophique* nos coloca ante la oportunidad de reconfigurar los recorridos ficcionales que atraviesan y dan consistencia a dicha *obra*. Sobre todo cuando la tematización es explícitamente una pregunta por la filosofía en cuanto práctica vital. En ello radica el potencial de este manuscrito.

Referencias

- ERIBON, Didier. (2020). *Michel Foucault*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
 FOUCAULT, Michel. (1998). *What is an author?*. En: *Essential Works 1954-84. Vol. II*. Nueva York: New Press.

PAULO GÓMEZ